

LA VIEJA HABANA

Por SOLONI

Fuegos de artificio

Las fiestas patrióticas y las del patrón del pueblo iniciaban siempre su programa con una diana mambisa a las 6 de la mañana y tras los festejos de todo el día —cucaña, palo ensebado, carreras en saco, competencia de moñas, desafío de pelota y baile en el Liceo y en el Casino Español— terminaban irremediablemente con una exhibición de pirotecnia: voladores y fuegos artificiales que con su colofón de rueda de fuego estaba a cargo de un señor que siempre era citado simplemente como Funes.

Los mítines políticos también eran grandes consumidores de voladores y petardos y la única competencia que tenía Funes era cuando en el mes de febrero se celebraba en la calle de Zanja el advenimiento del año nuevo lunar, con saltapericos, cohetes, buscapiés y bombas de ruido.

Pero cuando se inició la lucha contra Machado el petardo se convirtió en detonante protesta y para acabar con los "caramelos" como los calificó la ironía popular, una de las primeras medidas de represión fue prohibir la venta de todos los materiales de confección pirotécnica. Claro que esto fue el ocaso de Funes y su industria coheteril.

Era la nueva época que comenzaba para la humanidad. La palabra cohete había adquirido significación mucho más trascendental: vehículo lo mismo de aniquilación genocida, que de transporte sideral.

LA VIEJA HABANA

Por SOLONI

El padre del Café con Leche

EN La Habana, y en toda Cuba, "café con leche" es sinónimo de desayuno y el primer paso de avance en la dietética del infante: del pecho materno, o del biberón y la fórmula, al café con leche. Únicamente es quizás superado como ingestión de buenos días en nuestros campos por "el buchito de cafesito" prieto a la vez saludable y bienvenida tradicional en nuestros bohíos.

"—Apéese y tomará café", es algo más que una cortesía; es una espontánea expresión de la franca hospitalidad del campesino criollo.

Pero el padre del café con leche, el inventor de tal combinación, no fue un cubano. El café no se introdujo —como planta— en Cuba hasta 1748, por el contador José Antonio Gelabert que lo trajo de Santo Domingo y lo sembró en el Wajay —precisamente en la zona del actual Cordón de La Habana. Y la primera taza de café no se sirvió en "La Taberna" en la calle de Mercaderes hasta 1768. "La Dominica" en la calle de O'Reilly no abrió sus puertas hasta 1812.

El inventor del que con el tiempo había de llamarse en el idioma popular "sube y baja" —al adicionársele el pan con mantequilla— fue un diplomático flamenco, funcionario de Holanda en el Extremo Oriente, que en Batavia mezcló por primera vez con leche la infusión arábiga. Su nombre para los que gustan recordar a los precursores de las pequeñas grandes cosas: Johannes Nieuhof.



LA VIEJA HABANA

Por SOLONI

Nombres de mujer

EN 1941 el novelista Stewart, recordando al meteorólogo australiano Clement Wragge decidió dar nombres masculinos a las tormentas extratropicales que afectaban a Australia y femeninos a las tropicales, puso el nombre de la novia del protagonista de su novela —María— a una perturbación que citaba en su obra. En 1944 los pilotos de aviones de reconocimiento en el Pacífico comenzaron a usar esa nomenclatura para los ciclones, y la Organización Meteorológica Mundial acordó en 1953 oficialmente el empleo de nombres de mujer para denominar los huracanes.

Roberto Ortiz Héctor, jefe del Departamento de Climatología Tropical del Instituto de Meteorología cubano, nos ofrece tan interesantes datos.

Cada año se confecciona una lista alfabética de nombres de mujer —y así se ha hecho desde 1953. Aquel año el primer ciclón se llamó Alicia, y le siguieron Bárbara, Carol, Dolly y Edna. En años sucesivos, los ciclones que han afectado, o amenazado a Cuba, han sido: Azel (1954); Connie, Diana, Hilda y Janet (1955); Audrey (1957); Ella, (1958); Donna (1960); Carla, Esther y Hattie (1961); Edith y Flora (1963); Cleo, Dora, Isabel (1964); Betsy (1965); Inés (1966) y los de 1967: Arlene, Beulah, Chloe, Doria, Erith, Fern, Ginger y Heidi.

Así tienen ahora los ciclones nombres de mujer y no de santos, como cuando los viejos habaneros recordaban el "Codonazo" de San Francisco y el temporal de Santa Teresa, y los tradicionalistas aún mencionaban aquel ciclón de 1791 que se llevó el cadáver del Conde Barreto tendido en su residencia de Puentes Grandes (destruida por otro ciclón, el de 1944).

Gaton #6